

COLECCIÓN PÚRPURA

JUAN CARLOS MÁRQUEZ

☼ Norteamérica
profunda



10 DE
SALTO PÁGINA

JUAN CARLOS MÁRQUEZ

✠ Norteamérica
profunda

Prólogo de Jon Bilbao

ED | DE
SALTO | PÁGINA

Prólogo

Jon Bilbao

Antes de sentarme a escribir estas líneas sobre Norteamérica profunda de Juan Carlos Márquez, hago el ejercicio de recuperar las impresiones dejadas por su lectura, que tuvo lugar hace ya unos años. Me viene a la mente una serie de imágenes. Cada vez estoy más convencido de que recordamos los libros del mismo modo que las películas. No se nos quedan grabadas largas citas textuales, ni emociones abstractas, ni reflexiones aleccionadoras. Perviven sólo unos cuantos momentos contruidos mediante imágenes, las cuales sirven de fuente y sostén a emociones, reflexiones y alguna que otra cita, casi siempre breve y apenas aproximada. Con el cine, las imágenes nos vienen dadas; con los libros, nos ocupamos nosotros de fabricarlas, para lo que nos servimos tanto de las palabras del autor como de nuestra aportación personal.

En este último caso se da una paradoja. Cuanto más preciso y poderoso es lo escrito por el autor, nuestra contribución parece menos necesaria, pues aparentemente ya está todo dicho y bien dicho. Sin embargo lo que en realidad sucede es todo lo contrario; el pertinente despliegue de recursos expresivos por parte del escritor espolea nuestra imaginación y nuestra memoria, nos lleva a la reflexión, y entonces lo escrito y lo leído (que distan de ser una misma cosa) entran en resonancia y generan un ente nuevo que trasciende las palabras que figuran en el papel, ente que a menudo adopta forma de imágenes.

Entre mis recuerdos de Norteamérica profunda sobresale uno: una pareja, a la que imagino tomada de la mano, contempla un cielo nocturno trastocado por los colores en

movimiento de la aurora boreal. Los veo de espaldas, no son más que siluetas negras. Están en el campo, hay árboles, altos; de nuevo, sólo siluetas. Al fondo asoma el reflejo de la aurora boreal en una superficie de agua que no sé si es un lago, un fiordo o un río ancho. En segundo plano, más alejada que la pareja y camuflada entre los árboles, hay una silueta más. Podría ser una persona baja y rechoncha, arrebujada en una manta, que mira también al cielo, o sólo una piedra o maleza. Sea lo que sea, su presencia es discreta pero importante.

La quietud de las siluetas, el modo como la pareja permanece tomada de la mano (con firmeza pero al mismo tiempo transmitiendo la impresión de que uno de ellos se va a soltar de un momento a otro), el silencio... me dicen que no se trata de una mera excursión para ver la aurora boreal, y que, en ese instante, pasa por las cabezas de los presentes mucho más que simple admiración por un inusual fenómeno atmosférico.

La noche oculta los detalles del paisaje; también que la matrícula de la caravana de la pareja, aparcada en las proximidades, es canadiense. Lo robusto de la silueta del hombre no basta para inferir que es bateador de los Blue Jays de Toronto, y, de nuevo, la oscuridad esconde los atractivos rasgos de la chica. ¿La reina del baile y la estrella deportiva de la clase han acabado juntas?

En otras imágenes recuperadas de Norteamérica profunda (un hombre que, con la frente pegada al cristal de una ventanilla de tren, observa discurrir el paisaje; otro hombre, elegante aunque un poco ajado, se toma una copa preparada con esmero casi profesional y siente añoranza por una casa que todavía le pertenece...) la identidad de sus protagonistas o la localización donde transcurren quedan ocultas o bien son irrelevantes, primando la emoción transmitida.

Los cinco relatos que componen este libro están protagonizados por norteamericanos y cuatro de ellos se desarrollan al norte del Río Grande, en momentos que van desde la colonización del continente hasta la actualidad. Aunque a la postre todo esto importa poco.

Con tales premisas es probable que el lector se sienta tentado a aventurar las influencias de Juan Carlos Márquez, así como a presumir de bagaje de lecturas: los sudorosos relatos fundacionales de Oakley Hall; la épica rural de John Steinbeck; el tintineo del hielo en las copas de Scott Fitzgerald; los suburbios de John Cheever, embarrancados en una eterna tarde de domingo; las tragedias en sordina del realismo sucio... De ahí a que se ilumine la palabra «homenaje» hay apenas un paso. Aunque sería un paso equivocado.

Norteamérica profunda no sería el libro que es si se tratara sólo de un homenaje a la literatura norteamericana. El término «homenaje» tiene connotaciones de algo secundario, de pastiche, de producto que está por debajo de lo que se homenajea. Tampoco nos encontramos ante una colección de ejercicios de autor que persiguen mimetizar el estilo de unos referentes.

Juan Carlos Márquez ha asimilado la literatura, el cine y otros rasgos de una cultura foránea (aunque podría discutirse hasta qué punto se puede seguir calificando de foránea, una vez que sus frutos han pasado a formar parte de nuestro imaginario colectivo y, a su vez, originan frutos como este libro) y ha entregado como resultado cinco relatos que son análisis, parodia, crítica y (sí, en parte) homenaje de esa cultura de la que surgen.

A pesar del dramatismo que impera, se detecta en los relatos una sorna subyacente que no estaba en el caldo de cultivo de lecturas y visionados del autor, sino que es aportación de éste. En la bildungsroman en miniatura que

es «Bloomington», las experiencias que van conformando el carácter de su protagonista se suceden con el tiempo, el orden y la singularidad que garantizan la elaboración de «un buen personaje de la literatura norteamericana». El aristócrata de «Saint-Raphaél» se desenvuelve en un país que no es el suyo con aires de amo del lugar y desbordando seguridad en sí mismo, rasgos asociados por muchos al carácter estadounidense. El viaje que emprende la pareja de «Churchill» está motivado, antes que por la enfermedad de ella, por una confianza innata en lo propio del país como respuesta a todos los problemas. (Aquí también cabría mencionar lo pretencioso de considerar «propio del país» un fenómeno que tiene lugar en la ionosfera terrestre.)

Pero, de nuevo, Norteamérica profunda no sería lo que es si los relatos que integran la colección sólo fueran frías construcciones metaliterarias, con la deconstrucción como objetivo. Los cinco funcionan también al modo clásico, como las fuentes de las que parten. Emocionan, lo que es objetivo primero de una obra literaria, y el más difícil de alcanzar. Y cuando un texto emociona se logra ese momento de resonancia entre escritor y lector, en el que el segundo aporta tanto o más que el primero a las imágenes sugeridas por lo leído. El lector hace suyo el texto; y a medida que gana terreno en esta apropiación, cada vez importan menos dónde y cuándo se desarrollan las historias, y cuál es la nacionalidad del autor.

En 2005 Norteamérica profunda ganó el viii Certamen de Relatos Rafael González Castell, concedido por el Ayuntamiento de Montijo. El resultado de aquel galardón fue un libro que no llegó a tantas manos como se merecía. Ahora, esta reedición dará a nuevos lectores la oportunidad no sólo de disfrutar de sus relatos sino también de imaginar la aurora boreal donde ellos deseen, sobre el cielo canadiense, o sobre la Patagonia, o a la altura del ecuador, o a unos pasos de sus casas.

Jon Bilbao nació en Ribadesella (Asturias) en 1972. Es escritor, licenciado en Filología Inglesa e ingeniero de minas. En 2005 participó en la recopilación *Ficciones*, publicada por la editorial Edaf en colaboración con la Asociación Colegial de Escritores, y el mismo año obtuvo el premio Asturias Joven de Narrativa por su libro *3 relatos*. Dos años después resultó ganador del xxxvi Concurso de Cuentos Ignacio Aldecoa. Su primera novela, *El hermano de las moscas* (Salto de Página, 2008) fue finalista del Premio Celsius a la mejor novela fantástica en la Semana Negra de Gijón y obtuvo el premio XatafiCyberdark al mejor libro de ficción fantástica de ese año. También en 2008, y en la misma editorial, publicó *Como una historia de terror*, conjunto de relatos que obtuvo una excelente acogida de crítica y público y por el que mereció el Premio Ojo Crítico de Narrativa 2008. En 2010, de nuevo en Salto de Página, publicó la colección de relatos *Bajo el influjo del cometa*, ganadora del xxxü Premio Tigre Juan y del Premio Euskadi de Literatura 2011. Su última novela es *Padres, hijos y primates*.



Norteamérica profunda

A Itziar.

A Beñat.

No hay que ser pesimista ni tener esperanza.

LEONARD COHEN

Delaware

Delaware

[..] Ahora sabemos quiénes son estos Waspinis (hombres blancos) que vinieron del mar para robarnos nuestras tierras. Con sonrisas vinieron, pero de pronto se convirtieron en serpientes [..]. Compartimos nuestro maíz con ellos, pero nunca les vendimos tierra, nunca. Les dejamos vivir con nosotros, construir casas y sembrar maíz, como nuestros amigos y aliados [..], pero qué lástima que además trajeron armas de fuego y aguardiente, que quemaron y mataron [..], y después de Mikwon (William Penn) llegaron los hijos de Dolojo Sakima (el Rey George) y dijeron que necesitaban más y más tierra [..]

(De la Historia Tradicional de los indios Delaware)

Papá tensó las riendas y la caravana se detuvo unas yardas más allá. Los caballos relinchaban mientras se sacudían la nieve de las pezuñas. Eran relinchos leves, casi bufidos, que se contagiaban unos a otros. Estaban cansados y tenían hambre. Todos estábamos cansados, abatidos por el invierno inhóspito que parecía no tener final. Mamá tiritaba de frío bajo una manta y se frotaba el vientre con las manos. Desde que arribamos a la isla de Manhattan, mediado el otoño, no habíamos hecho otra cosa que vagar. Habíamos atravesado páramos de escarcha, bosques sombríos, desfiladeros de hielo, bordeado ciénagas bajo la bruma y ríos de aguas insolentes y cauces bulliciosos. Papá ayudó a bajar de la caravana a mamá y nos asomamos al precipicio. Al fondo, tras las cumbres nevadas, vimos un valle soleado, de un verde vigoroso, tan vivaz que hería los ojos. Un río de caudal desbocado se precipitaba ladera abajo, pero se encauzaba en la llanura, entre una empalizada de tilos y mimbreras, donde la naturaleza parecía re-

cobrar su esplendor tras el deshielo. Papá palpó con una tenue sonrisa entre los labios el vientre de mamá y ella acarició mi pelo crespo de irlandés. Luego se echó a reír. La suya era una risa de cansancio y esperanza, contagiosa como el relinchar de los caballos.

Agua en abundancia, tierra fértil y madera. El valle tenía todo cuanto ha de precisar una familia de granjeros. Pero nosotros éramos O'Neill, picadores nacidos de picadores en las minas de Belfast. Gentes habituadas a ganarse la vida en las entrañas de la tierra, pero también a perderla con demasiada facilidad. Tal vez por eso papá hizo oídos sordos a la amenaza de los indios Delaware. Hacía apenas un año que el ejército los había confinado en una reserva, a varias semanas de camino, pero los indios son previsibles y obstinados. Tarde o temprano acaban volviendo a sus tierras, a sus raíces, al menos eso nos decían los colonos asentados en la ciudad cada de vez que íbamos a la iglesia o por víveres. Eran personas de una rudeza esquiva, temerosas de Dios, de frentes anchas y ojos azules y despiertos, una suerte de profetas vestidos de negro llegados de Holanda o de Alemania en su mayoría. Sus advertencias fueron calando poco a poco en mamá. Se volvió nerviosa como una gallina clueca. Me regañaba por todo, porque no me separaba de sus faldas o porque me alejaba demasiado de la caravana. A menudo también se enzarzaba en discusiones con papá, como cuando se le ocurrió cavar una zanja profunda alrededor del lugar destinado a nuestra casa.

-Te repito que esto no tiene nada ver con los indios, Dorothy - le dijo papá-, pero quizá sirva para contener las crecidas del río.

Mamá sólo se mantenía serena mientras bordaba con hilo de seda nuestras iniciales en el ajuar, tarea a la que cada vez fue dedicando más horas. Su vientre estaba ya muy abultado y picudo, pero ella apenas había ganado peso. Estaba más próxima a aquella muchacha pecosa y

frágil de la que papá se enamoró en una rifa benéfica, que a una mujer a punto de dar a luz. Papá achacaba al embarazo sus cambios constantes de humor: No se lo tengas en cuenta. Las mujeres se vuelven muy sensibles cuando están preñadas. Lo mismo le ocurrió contigo. Llevar una vida dentro es una gran responsabilidad. Aquellas frases se hicieron tan familiares para mí como el rumor incesante del río, el silbido del viento entre las mimbreras o los aullidos de los coyotes.

Un amanecer, a principios de la primavera, nos sobresaltó un galope de caballos. Eran hombres de la ciudad, unos veinte, los mismos hombres de frente ancha y ojos azules con los que compartíamos banco en misa, y traían en sus albardas mosquetes, hachas, hoces y mazos de madera. Tenían la intención de ayudarnos a construir nuestra casa. Los protestantes debemos ayudarnos unos a otros, dijeron. Papá insistió en que no era necesario, que podríamos arreglárnoslas muy bien solos, pero para entonces sus hachas se precipitaban ya rabiosas sobre los tilos de la orilla del río. Una semana después nuestra casa estaba terminada. Era toda de madera, como las de la ciudad, con tejado a dos aguas, una chimenea y un cobertizo; pero sólo quedaba hueco en la fachada para cuatro ventanucos, uno en cada pared. A mamá le gustaban las casas con ventanas grandes que abarcan el horizonte, como las que tenían los ricos en Belfast, pero papá y los hombres la convencieron de que allí las ventanas, en el mejor de los casos, sólo nos servirían para disparar.

-Sé que cuesta creerlo, señora O'Neill - le dijo un tipo con las manos llenas de cicatrices al que apodaban el francés-, pero hace sólo unos meses éste era territorio salvaje. Fíjese bien, esos surcos en la tierra, junto al cobertizo, son las huellas de sus tipis. Están por todas partes. Los días de mucho viento el humo de sus hogueras caía sobre la ciudad como una niebla seca y se colaba bajo nuestras puertas. A veces incluso se oían retumbar sus tambores.

Mamá se encogió en su mecedora. Debió de sentirse muy pequeña, insignificante. Papá le pasó un brazo por los hombros. Esa misma noche celebramos una fiesta para agradecer la ayuda a los colonos. El reverendo bendijo nuestra casa y pronunció un sermón. Era un hombre calvo y ceñudo, con trazas de boxeador y voz gravísima de marcado acento alemán. Dijo que El Señor había tenido a bien bendecirnos con aquellas tierras que nunca merecieron los impíos. «El Señor provee y nunca abandona a su rebaño», eso es exactamente lo que dijo. Luego comimos ternera asada y pastel de frambuesa y yo bebí cuanta limonada quise, porque mamá me tenía prohibido tomar café. Hubo también un baile alrededor de una hoguera, con música de violines, que se prolongó hasta bien entrada la noche. Estábamos a punto de acostarnos, cuando oímos unos relinchos que parecían provenir del río. Papá alcanzó su mosquete y salió aprisa de la casa y yo le seguí desobedeciendo las órdenes de mamá. Apostados entre las mimbreras, en silencio, pudimos ver a aquella manada de potros salvajes que galopaba sobre el agua a contracorriente. Eran como torbellinos y sus crines tupidas se agitaban en el aire con violencia.

Al alba, mamá dio a luz a Susan. Nació larguirucha y huesuda, pero su cara, de nariz, ojos y boca casi inapreciables, era redonda y blanca como una bola de harina. Una bola de harina llena de pecas, que coronaban pelos rojizos como briznas de trigo. Una bola de harina apacible, con un apetito voraz, a la que apenas oímos llorar hasta que le brotaron los primeros dientes. El nacimiento de Susan serenó los ánimos de mamá. Volvió a ser la misma mujer hacendosa y sonriente de siempre, capaz de bordar una sábana, barrer de tierra la casa o recitar de memoria un pasaje de La Biblia mientras daba el pecho a la pequeña. Susan también insufló energía a papá. Nunca le había visto trabajar tan duro: rastrilló los campos bajo un sol abrasador hasta donde alcanzaba la vista; sembró forraje, trigo y maíz;

y rodeó nuestras tierras de alambradas de espino más allá del río. Antes de que las primeras hojas cayeran de los árboles, había levantado un molino y una noria allí donde la corriente era más intrépida. Me gustaba tumbarme sobre la hierba a mirar cómo el círculo de las palas de madera domaba las aguas; deshacer con un palo el reflejo del sol en el río o perseguir campo a través las bandadas de aves que surcaban como flechas el cielo rumbo al sur. También ayudaba a papá cuanto podía, pero no era mucho. Mamá se empeñó en que aprendiera a leer y escribir, pero a mí me parecía aburrido, incluso en invierno. Prefería ver cómo caían los copos tras un ventanuco o avivar con sarmientos el fuego de la chimenea. Fue por eso que me obligó a copiar algunos pasajes de La Biblia más de cien veces. Aún recuerdo ese que dice:

*Habitará el lobo con el cordero,
la pantera se tumbará con el cabrito,
el novillo y el león pacerán juntos:
un muchacho pequeño los pastoreará.*

(Isaías. 11,6)

Los campos ya amarilleaban la mañana lluviosa en que mamá me mandó por mimbres.

-Susan ha crecido mucho, cariño - me dijo con ella en brazos-. Necesita un canasto más grande.

Estaba muy cerca de las mimbreras, cuando oí un ruido. En principio lo atribuí a la lluvia que caía sobre el río, pero volvió a sonar de nuevo con más fuerza, como una especie de gruñido. Entonces vi asomar entre las mimbres la cabeza de un lobo negro. Sus colmillos eran curvos y afilados. Era un lobo muy alto, nunca había visto uno tan alto, pero no pude verle el resto del cuerpo porque se mantuvo oculto